

—Y fácilmente; por eso os hacia la seña para que no fué-
seis á romper con ella.

—Os comprendí, y teneis razon.

—Así es mejor.

—¿Y qué creéis que debemos hacer ahora?

—Pensaremos; es un plan que necesita meditarse.

—Pues meditaremos.

XXII.

Donde se prueba que la causa mas mala tiene siempre modo
de ser defendida.

Doña Esperanza regresó á su casa, y Martin lleno de sa-
tisfaccion fué en la misma tarde á dar parte de lo ocurrido
á Don Leonel y al Padre Salazar.

Doña Esperanza habia quedado sola con la muda, y cer-
ca de las oraciones de la noche se presentó un caballero se-
guido de otras dos personas, haciéndose anunciar como un
escribano que tenia que hacer una importante notificacion
á Esperanza.

La jóven se excusaba con la ausencia de Martin; pero el
hombre insistió, y Esperanza, acompañada de la muda, sa-
lió hasta el corredor: comenzaba ya á oscurecer.

—Señora—dijo el escribano acercándose respetuosamen-
te—soy escribano y vengo con dos testigos á haceros una
notificacion importante.

—Decid—contestó Esperanza—aunque nada contestaré
mientras no esté aquí mi tutor.

—Nada teneis que contestar; no mas que no conviene
que otra persona se entere del negocio, y aquí está la se-
ñora—dijo señalando á la muda.

—Es de la familia—contestó Esperanza.

—No importa; es una notificación secreta.

—Esta señora es sordo-muda.

—¿De veras?

—Jamás miento.

—En ese caso, tened la bondad de oírnos.

El escribano se acercó á Esperanza sacando un papel, y los testigos se agruparon: la jóven, que nunca habia visto hacer una notificación, nada extrañó de esto.

La muda permanecia indiferente á corta distancia; en el semblante de Esperanza nada descubria que pudiera alarmla.

El escribano miró á la jóven, luego á los testigos, y exclamó repentinamente:

—Ahora.

Los testigos estaban tan cerca de Esperanza, que la jóven no tuvo tiempo ni para moverse, y en un momento la envolvieron en una capa, le pusieron una mordaza y la arrebataron dirigiéndose á la escalera.

La muda se lanzó en su defensa; pero el fingido escribano se interpuso entre ella y los raptores con una daga en la mano.

María, que no podia gritar, se contuvo un momento; pero despues dando una especie de ronquido gutural, se arrojó ciega sobre su adversario.

El hombre hizo al principio ademan de herirla; pero cambiando despues de opinion, empujó á la muda violentamente y con todas sus fuerzas; la infeliz cayó de espaldas, su cabeza rebotó contra el pavimento, y luego quedó inmóvil.

El falso escribano esperó por un rato observándola; pero viendo que continuaba sin moverse, guardó la daga y alcanzó á los que conducian á Doña Esperanza, que iban ya en el patio.



EL RAPTO.

Los criados los vieron salir, pero nadie les dijo una palabra, y los hombres metieron á la jóven en una carroza que esperaba á la puerta; se colocaron ellos, y la carroza partió sin que ninguno pensase siquiera ver el rumbo que habia tomado.

Media hora despues llegaba Martin y tocaba alegrementel la puerta de su casa. Los criados nada habian notado aún de lo ocurrido arriba, solo advertian que los corredores permanecian oscuros y que no habia movimiento.

Garatuza entró preguntando por qué no habia luz en el corredor.

—Seguramente así lo habrá dispuesto la señora—contestó el portero.

—Es extraño—pensó Martin, y subió casi á tientas.

Al llegar al corredor y dirigirse á una de las habitaciones, tropezó con algo.

—¿Qué es esto?—dijo bajándose á examinar.—¡Calle, esta es una mujer dormida!..... No, está inmóvil, estará privada. ¡Quizá muerta! ¡Pero quién es? Cómo! ¿no habrán visto nada Doña Esperanza y María? Voy por una luz.

Y Martin se entró por las habitaciones, que estaban oscuras y solas, gritándole á María y á Doña Esperanza, pero nadie le contestó; hasta que al fin en el fondo de la casa, en un aposento, encontró á su hijita rodeada de todos los criados y entretenidos hasta olvidar sus obligaciones, en escuchar un cuento de muertos y aparecidos que referia una vieja.

Al ver á Martin todos se levantaron, y la niña corrió á encontrarlo.

—¿Adónde están las señoras? ¿Por qué está la casa sola, oscura?—preguntó Martin.

Los criados no supieron qué contestarle.

—Una luz—continuó Martin—una luz, que en el corredor hay una muerta.

—¡Jesus nos ampare!—exclamaron los criados, con la impresión viva de los cuentos que habian oido á la vieja.

—Una luz pronto!—dijo impaciente Garatuza.....

Una de las mujeres temblando le alargó el candil que habia sobre la mesa.

Martin presintiendo ya alguna desgracia, salió precipitadamente; las mujeres le siguieron de lejos.

Llegó al corredor, acercó la luz al rostro de María y la reconoció.

—Maldicion! es María!

—La señora!—repitieron las criadas acercándose y procurando impedir que la niña viera aquel espectáculo.

—¿Pero qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?—decia Garatuza arrodillado en el suelo levantando la cabeza de la muda.—Está privada, está privada no mas; pronto, acercaos, vamos á conducirla á la cama. ¿Donde está Doña Esperanza?

—Nada sabemos—dijo una criada.

—Oh! es preciso averiguar: en esto anda la mano de Don Alonso; pero ya me la pagarán, ya me la pagarán. Vamos! alzád con cuidado.

Habian levantado ya á la muda y la conducian cuidadosamente para su cámara, cuando hizo un movimiento y abrió los ojos. Garatuza, que iba á su lado con el candil, la observó.

—Ya vuelve en sí—dijo;—vamos con cuidado.

María vió á Martin y se sonrió con dulzura; él le tomó una mano.

—La colocaron en su lecho, y Martin la hizo tomar una poca de agua.

Entonces María se incorporó, y por medio de señas indicó á Martin cuanto habia pasado, hasta el momento en que el golpe la habia dejado sin sentido.

—¡Lo decia yo! lo decia yo!—exclamaba Martin examinando la herida que el golpe habia hecho en la cabeza de María:—aquí andan Don Alonso y Doña Catalina; afortunadamente que esto no es nada; el golpe privó á mi pobre María del sentido, pero no es cosa de riesgo: una poca de agua fria. Pero esta Doña Esperanza ¿dónde estará? ¿cómo encontrarla? Preciso será que me ayuden Don Leonel y el Padre Salazar..... Voy á verlos; en esto no debe perderse un instante; son capaces de matarla para hacerla desaparecer.

Acostó otra vez á María, y luego llamando á las criadas, les dijo:

—Lavad esa herida de la señora con agua fria, cuidando de no lastimarla; yo volveré dentro de un instante.

Se acercó despues á la cama é hizo seña á María de que iba en busca de Doña Esperanza; la muda le hizo un signo de aprobacion y Martin salió precipitadamente.

.....

.....

—Supongo que no os quejareis de vuestra suerte—decia en la misma noche Don Alonso á Doña Catalina:—apenas meditamos un plan, ya nos ha salido á pedir de boca.

—Sí, en efecto.

—La heredera de Don Pedro de Mejía ha desaparecido, y vos sereis la dueña del caudal, conforme lo dispone el testamento.

—¿Y no temeis que las sospechas recaigan sobre nosotros?

—Sí que lo temo, y por eso me he preparado ya.

—Cómo!

—Haciendo denuncia del Don Santiago de Carbajal, que

se ha presentado con una Doña Esperanza que no existe, porque se le pide al juez que la haga comparecer, y aunque él asegura que ha desaparecido, esta no es sino la prueba de que era una burla, una impostura, que la dicha Esperanza no existe, y él se verá obligado á defenderse, y no tendrá lugar de atacar.

—¿Pero no temeis el juicio?

—Le temiera sin la desaparicion de Esperanza, porque entonces ella tendria el dinero y nosotros seriamos los pobres, cuando hoy es todo lo contrario y la ventaja está de nuestro lado.

—Teneis razon.

—Pero ahora es preciso meditar qué hacemos con esa muchacha.

—¿En donde está?

—En una casita cerca de la orilla de la laguna: es una casa aislada, triste y á la que nadie va; de manera que estamos enteramente seguros; pero no sé qué hacer de ella.

—Creo que lo mejor será entregársela á mi madre.

—Me parece bien.

—Y que ella determine.

—Pero es capaz de matarla.

—Mejor para nosotros: ella sabrá lo que hace; tiene ella mas prudencia y mas arbitrios que nosotros dos juntos.

—Llámala.

—Voy á verla.

Doña Catalina se entró, y Don Alonso se quedó meditando.

Poco despues salió la jóven Catalina acompañada de la madre.

—¿Qué se ofrece?—dijo la vieja.

—Queremos consultaros y que nos ayudeis en un negocio.

—Es raro—dijo la vieja—porque hace mucho que no contais conmigo para nada.

—Por no molestaros—contestó Don Alonso.

—Conmigo nada de hipocresías; decid mas bien que no me necesitábais. Adelante.

—Madre mia—dijo Catalina—dejad esos sentimientos y ayudadnos, que estamos en una dificultad.

—Bien; hablad, que os escucho.

—Sabeis, señora, todo lo que ha ocurrido con el testamento de Don Pedro de Mejía.....

—Sí; sé que por vuestra demasiada confianza os burlaron esa herencia por la que tanto habíais trabajado.

—No os lo puedo negar—continuó Don Alonso;—pero al fin, Catalina fué nombrada heredera para el caso de faltar Doña Esperanza.

—Lo que seguramente no sucederá—dijo la vieja.

—Lo que sucedió ya—contestó Don Alonso.

—¿Cómo!

—Nosotros hemos hecho robar esta noche á esa muchacha, y está en un lugar seguro.

—¡Bendito sea Dios que pensásteis algo en órden! ¿Y qué va á ser de esa dama?

—Eso queremos consultaros.

—¿Hareis lo que os diga?

—Sí, y aun mas; lo dejamos á vuestro cargo.

—Pues dejadlo, y es mejor; vosotros no sois capaces de hacer dos cosas buenas, y ya habeis hecho una: ¿adónde está esa muchacha?

—En una casita aislada, al Oriente de la ciudad.

—¿La guarda gente segura?

—De toda confianza.

La vieja se puso á meditar; Don Alonso y Catalina se miraron.

—En primer lugar, ¿sabeis adónde y con quién vivia?

—Sí.

—Pues mañana temprano, cuidad de ir á buscarla á esa misma casa, y procurad mostrar asombro y dolor por su desaparicion.

—No lo creerán.

—¿Quiénes?

—Los de su casa.

—Niño sois, Don Alonso; que no lo creerán en su casa es natural; pero entre el vulgo sí, y esto es lo que mas os importa: ¿no sabeis lo que es tener uno al vulgo de su parte en una causa? vale esto mas que la sentencia de un juez.

—Iremos—dijo Catalina.

—Y luego vendreis, y yo os esperaré, y sabreis lo demas.

—¿Pero y la muchacha entretanto.....

—Dejad eso á mi cuidado, que no soy tan bisoña como vosotros: ¿creeis que no habrá cuidado en esta noche?

—Lo creo.

—Pues entonces dormid tranquilos, y mañana vereis.

—Fiamos en vuestra inteligencia—dijo Don Alonso.

—Ojalá y eso hubiérais hecho desde el principio, que no andaríais ahora en estos trabajos.

La vieja se levantó, y sin hablar mas se metió á su aposento, dejando á Don Alonso y á Catalina hacer comentarios sobre el plan que se habia propuesto.

.....
.....
Martin llegó espantado á la casa de Don Leonel.

Garatuza resentia el golpe doble, porque en el fondo tenia un gran cariño por Doña Esperanza, cuyo carácter y cu-

yas desgracias le interesaban; y además, él, que se tenia por hombre astuto, habia sido burlado por enemigos que no le conocian, cuando él los conocia perfectamente.

Don Leonel estaba solo, el Padre Alfonso habia salido, y Martin pudo hablar al amante de Doña Esperanza sin testigos.

—¿Qué se ofrece, Martin?—preguntó Don Leonel viendo que volvía tan presto y cuando menos esperaba.

—Don Leonel, os traigo una noticia fatal.

—¿Qué ha sucedido pues?

—Que se han robado á Doña Esperanza.

—¿Se la han robado? ¿pero quién? ¿cómo? Habla.

—No sé nada, nada: mientras estaba aquí con vosotros, tres hombres han entrado á la casa, le han dado un golpe á mi pobre María, y se han robado á la jóven.

—Pero esto es increíble.

—Y sin embargo, así ha pasado.

—Tú no sospechas.....

—Mas que sospechar, tengo seguridad de quién es el autor de este crimen.

—¿Y quién?.....

—La viuda de Don Pedro de Mejía y su amigo Don Alonso de Rivera.

—¿Serian capaces?

—No lo dudéis, ellos son, porque ellos solos tenian interes en que desapareciera Doña Esperanza para entrar en el goce de la herencia.

—Pero eso mismo me hace creer que no sean ellos, porque comprenderán que de ellos debia sospecharse luego.

—Pues si no ellos, ¿quién?

—Es preciso averiguar, y ante todo, por si ellos son, no proceder con ligereza. Serian capaces de matarla, y care-

ciendo nosotros de pruebas, sin mas dato que tus sospechas.....

—Ante todo, lo que importa es buscar á Esperanza.

—Eso es lo primero. Vamos.

—Vamos.

Don Leonel se ciñó su espada, se enganchó una daga y dos pistoletes en el cinto, y cubriéndose con su ferreruero, salió calándose hasta las cejas un sombrero negro, seguido de Martin.

—¿Adónde vamos primero?—preguntó.

—A mi casa—contestó Martin.

Y echaron á andar.

XXIII.

En el que resulta lo que menos podía esperarse.

Don Leonel y Martin anduvieron en vano toda la noche; nadie les daba la menor noticia, y como no conocian siquiera las señas del carruaje, sus preguntas y sus pesquisas eran mas vagas.

Cansados, desesperados, sin saber qué hacer, regresaron muy cerca de la madrugada á la casa de Garatuza.

La muda dormia, y los que la asistian dijeron á Martin que se habia sentido muy aliviada.

Don Leonel se paseaba en la sala de la casa, sin querer acostarse en la cama que le habia hecho disponer Martin.

—Descansad aunque sea un rato—dijo Garatuza;—mañana quizá encontraremos algun indicio.

—Está esto tan oscuro, que me parece imposible averiguar nada; á menos que una feliz casualidad nos dé el hilo de este ovillo.

—Creo que si pudiérais hablar con Don Alonso de Rivera ó con Doña Catalina, tal vez alcanzaríais algo.

—Sí; al menos descubriría yo en sus semblantes si son ó no culpables.

—Lo cual era ya mucho avanzar.

—Dices bien; mañana prometo ir á verlos.

—Pues para estar mejor dispuesto, descansad.

Don Leonel consintió en recostarse un rato sin desnudarse; pero era jóven, estaba cansado, y á poco dormía profundamente.

Eran las diez de la mañana del siguiente dia, y Don Leonel aun no despertaba, cuando Garatuza llegó al lado de su cama y le movió.

—¿Qué hay?—preguntó el jóven levantándose azorado.

—Dispensad que me haya atrevido á despertaros, pero importa.

—Has hecho bien, porque he dormido como si no tuviera alma que salvar. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Las diez? y yo queria ir á la casa de Doña Catalina. Vamos, que se hace tarde.

—No es necesario ya que vayais.

—¿Cómo, por qué?

—Ella está aquí.

—¿Está aquí?

—Sí, en la sala esperándoos; he hablado con ella, y le he dicho que vos deseábais tener con ella una conferencia.

—Bien, vamos. ¿Qué clase de mujer es esa?

—Una jóven hermosísima.

Don Leonel, á pesar de su amor por su prima, se compuso instintivamente el peinado y arregló su gola y sus puños. Aquello de ir á tener una conferencia con una mujer así, era negocio serio para un soldado jóven.

Doña Catalina, vestida de luto y sencillamente adorna-

da, estaba encantadora; la blancura de su rostro y de sus brazos y el brillo apacible de sus ojos, hubieran impresionado al corazon mas frio.

Catalina no solo era hermosa, sino que conocia el arte de seducir, y en medio de la dulzura de sus miradas, sabia encontrar algunas veces un rayo de luz, de fuego y de pasion, con que cegaba al que la miraba una vez siquiera con aficion.

Catalina era una mujer peligrosa; pero Don Leonel, á pesar suyo, salia prevenido contra ella.

Don Alonso de Rivera acompañaba á la dama.

Cuando Don Leonel se presentó, Don Alonso y Doña Catalina se pararon á recibirle, y el jóven se adelantó ligeramente para saludarlos.

—¡Hermosa mujer!—pensó Don Leonel, y en su lenguaje de soldado agregó tambien interiormente:—moza de rey.

—Señora—dijo Don Leonel para dar algun giro á la conversacion—pensaba tener el honor de presentarme hoy en vuestra casa.

—Hubiera sido tanta honra para mí, que ya siento el haber venido, por no tener esa satisfaccion; pero me lisonjeo, caballero, de que esto no será un obstáculo para que cumplais vuestro propósito.

—Dependerá, señora, mas que de mis deseos y de vuestra bondad, del resultado que tenga esta conversacion.

—Mis deseos me dicen que será favorable, y debo comenzar por deciros que nuestra visita tenia por objeto avisar á Doña Esperanza que la casa de su padre está en disposicion para que ella la reciba.

—¿Entonces ignorais lo que ha pasado aquí?—preguntó Don Leonel, clavando en Catalina una mirada tan fija é indagadora, que podia pasar por insolente.

—Todo lo ignoro—contestó con inocencia Catalina, resistiendo sin inmutarse la mirada de Don Leonel.

—¿De veras lo ignorais?

—Os lo aseguro, caballero.

—Pues anoche—dijo Leonel acentuando intencionalmente sus palabras—ha sido robada mi prima Doña Esperanza.

—¡Robada!—exclamaron Don Alonso y Catalina, con un asombro admirablemente fingido.—¿Robada? ¿y por quién?

—Lo ignoramos, aunque es casi seguro que se descubrirá, porque hago pesquisas muy activas.

—¡Ay, caballero!—dijo Doña Catalina enternecida y casi llorando—esta es una desgracia muy grande, es una infamia: apenas conocí á Doña Esperanza, pero me interesó sobremanera; yo os suplico que en cuanto podais creerme útil, en cuanto pueda serviros, conteis conmigo; mi mayor felicidad seria contribuir en algo á la salvacion de Doña Esperanza: pobre jóven! tan bella, tan amable.

Habia en el lenguaje de Doña Catalina tal expresion de sentimiento, tanta exaltacion, que Don Leonel comenzó á suponer que estaba inocente, y de la suposicion primera pasó despues á la mas profunda conviccion.

Por otra parte, Catalina era tan bella, estaba tan interesante, tenia tal gracia, tal atractivo, que el jóven se iba sintiendo fascinado.

—Esta mujer no puede ser culpable—exclamaba en su interior;—la maldad se descubre en el semblante, el crimen nos vende; esta mujer es inocente.

—Caballero—continuó Catalina con la mayor naturalidad—en estos momentos, y supuesto lo que nos acabais de referir, creo que es una imprudencia por nuestra parte prolongar una visita que ya carece de objeto absolutamente; os

suplico que nos permitais retirarnos, y que ya que vos personalmente no podais, porque seria mucho exigir, enviéis á alguno de vuestros lacayos para que sepa yo lo que se adelanta en una averiguacion que es tan interesante para mí.

Y Doña Catalina se levantó, tendiendo á Don Leonel una mano preciosa, cubierta con un perfumado guante de seda negro.

El jóven tomó la punta de los dedos de aquella mano, y se inclinó hasta tocar el guante con sus labios respetuosamente.

—Señora—contestó—me tendré por muy honrado con que me permitais ir personalmente á dar cuenta de lo que se adelante en el negocio de mi prima.

—Gracias, y os tomo la palabra.

Don Leonel ofreció su mano á Catalina y la condujo hasta el estribo de la carroza que la esperaba en el zaguan. Don Alonso los habia seguido en silencio.

—Subieron al carruaje, y todavía al partir éste, Don Leonel vió una hermosa cabeza y luego una manecita que le decian adios.

—Confesad—decia Don Alonso á Catalina—que ese jóven os ha parecido muy de vuestro gusto.

—No puedo negároslo.

—¿Y qué, estaríais contenta con un nuevo triunfo?

—Estaré, porque lo creo ya seguro.

—Es una bonita conquista.

—Sin contar con que teniendo de mi lado á ese jóven, todas las pesquisas que se hagan para buscar á Doña Esperanza, además de ser enteramente inútiles, las sabremos nosotros.

—Es cierto; lo que importa es que ese jóven no se escape.

—Y no se escapará; le vereis quizá esta misma tarde en nuestra casa.

—Ojalá.

—Es indudable; cuidad de dejarme sola con él; lo demás corre de mi cuenta.

Don Leonel subia las escaleras completamente preocupado.

—Me avergüenzo de lo que voy pensando—decia—pero esta mujer me interesa mas que Doña Esperanza, pobre prima mia; me parece que vale mas: qué, ¿seria yo capaz de amarla mas? Quién sabe; quizá ella tenia razon al decir que todos habian sido juegos de niños: en todo caso, ella tendrá la culpa, porque ella inventó esa frase de juegos de niños.

Garatuza esperaba á Don Leonel en el corredor.

—Ya estareis satisfecho—le dijo—de que tenia yo razon.

—¿En qué?

—En deciros que estos son los autores del rapto.

—Por el contrario, Martin, mas seguro estoy ahora que nunca, de que esa dama es inocente.

—Don Leonel, ¿es posible!

—Tan posible, que te suplico que si quieres contar con mi cariño, no vuelvas á infamar así á esa mujer.

—¿A pesar de los datos que tengo?

—A pesar de todo.

—¿Pero así cortais el hilo principal de la averiguacion?

—Así me opongo á que se manche á una mujer que no lo merece.

—Don Leonel, no os conozco; ¿tan pronto habeis cambiado?.....

—Martin, hablemos de otra cosa, porque me exalta esa prevencion injusta.

Garatuza abria los ojos espantado, y no sabia lo que estaba pasando: Don Leonel se volvia ciego partidario de Doña Catalina.

—¿Qué cierto es—pensaba Martin—que la sangre habla! Don Leonel ignora que esta mujer es hija de su mismo padre, y sin embargo, siente por ella una rara simpatía: ¿qué tal si se lo hubiera yo confesado? perderia completamente la esperanza de que me ayudara.

—Pues hablemos de otra cosa—agregó en voz alta.—¿Quereis almorzar?

—No; voy á mi casa, y procuraré averiguar en el resto del dia algo respecto de mi prima: haz tú otro tanto, y esta noche te espero.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Iré.

Don Leonel tomó su sombrero y se salió, distraido y pensando mas en Catalina que en la suerte de Doña Esperanza.

Garatuza le vió salir, y dijo tristemente:

—He aquí un obstáculo en el que yo no habia pensado, y que era natural que apareciese: en fin, fuerza será resignarme y trabajar solo, porque no hay otro remedio: quiera Dios y esto no pare en que Don Leonel tome contra mí el partido de Don Alonso. ¡Pobre Doña Esperanza!

Eran las cuatro de la tarde del mismo dia, y Doña Catalina estaba en una de las habitaciones de la casa de Don Pedro, cuando la puerta se abrió y se presentó Don Alonso.

—Por mi fe, hermosa—dijo—que teneis tanto talento como hermosura.

—¿A qué viene ahora esa flor?—dijo la jóven.

—Para probaros que me declaro vencido.

—¿En qué?

—En lo que me deciais esta mañana respecto á Don Leonel.

—¿Está ahí?—dijo Catalina poniéndose visiblemente encarnada.

—Sí, y espera vuestro permiso para entrar, el que supongo que no le negareis.

—De ningún modo; decidle que pase.

—Ya me lo suponía yo.

Don Alonso salió, y Doña Catalina aprovechó el momento para componerse y tomar una postura elegante. Comenzaba ella también á interesarse por Don Leonel, á pesar de que procuraba aparentar con Don Alonso que solo era el interés el que la movía.

Don Leonel entró, pero Don Alonso no volvió. Seguía las instrucciones de la jóven.

—Sentaos, caballero—dijo ella;—aquí, cerca de mí, que me siento muy satisfecha de este honor y de vuestra exactitud.

—Señora—dijo el jóven—no cumplo solo con lo que se debe á una dama de tal condicion, sino que es para mí un placer que hubiera procurado.

—¿Y qué noticias hay de vuestra prima?—dijo la dama, fingiendo que queria dar otro sesgo á la conversacion.

—Ningunas, señora, ningunas; estoy desesperado.

—Lo creo, porque segun dicen, y perdonad mi indiscrecion, esa niña era la dama de vuestros pensamientos.

Leonel se sintió ruborizar, pero comprendió que era un momento que debía aprovecharse.

—Lo fué, señora, lo fué.

—¿Cómo lo fué? ¿no lo es aún por ventura?

—Señora, yo mismo no me lo sabré explicar, pero.....

—Seríais un ingrato, Don Leonel, porque es una jóven muy hermosa, y segun dicen, tan buena, que no creo que os haya dado motivo.....

Catalina nada sabia de los amores de Don Leonel y de Esperanza, pero se los suponía; y además, como mujer de mundo, comprendió que este era el medio que podia llevar al jóven hasta donde ella queria; era iniciar el combate, abrir una brecha.

—Pasan, señora—dijo el jóven—ciertas cosas inexplicables en el corazon, y el corazon no se manda.

—¿Cómo no se manda? yo mando al mio.

—Entonces sois muy feliz.

—Sí, ciertamente lo soy.

—Os envidio.

—¿Vos no mandais en el vuestro?

—No señora; ¡ojalá y mandase! Me veo en una pendiente, siento que mi corazon me arrastra al abismo, á la desgracia.

—¡Jesus! detenedle.

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, señora; ¿vos no habeis amado nunca?

—La pregunta es tan intempestiva, que casi no sé ni qué contestaros, porque creo que yo misma no me la he hecho nunca; pero antes, á mi vez, quiero preguntaros yo ¿já qué llamais amor?

—¡Amor, señora!—contestó Leonel exaltándose gradualmente;—amor es un sentimiento inexplicable pero irresistible, que lleva nuestra vida, nuestro espíritu, nuestro ser, á unirse con otro ser que no era el nuestro, pero que viené á identificarse con nosotros; es ardiente sed de ver, de oír, de acercarse al objeto de nuestras ansias; es locura que trastorna nuestra inteligencia, vínculo de acero á nuestra voluntad: amor, señora, no sé deciros qué será, sino el cambio completo de nuestra naturaleza; amor es el constante

tránsito del paraíso al infierno y del infierno al paraíso, es el inmenso goce en que se halla el inmenso dolor, es el infinito dolor que hace gozar, es el deseo de la muerte en la vida y la esperanza de la vida en la muerte; es la lucha de Dios y de Satanás en el alma de un hombre, que ni la explica el que la siente, ni la comprende el que no la ha sentido nunca.

Catalina con los ojos húmedos y brillantes de entusiasmo, seguía la creciente excitación del joven; sus mejillas se encendían y palidecían alternativamente, su seno se agitaba y su respiración se hacía casi fatigosa.

—¡Oh!—exclamó—ese amor así, nunca, nunca le he sentido, mi corazón no ha experimentado jamás esas emociones, os lo aseguro, y no sé si las desee ó las tema.

—Podreis temerlas, señora, porque aun no las habeis comprendido, porque no sabeis lo que es vivir de una mirada, porque no sabeis cómo se estremece el corazón, cómo circula fuego por todo nuestro cuerpo, cómo se enciende el alma al sentir siquiera el roce del vestido de la persona que se ama, porque no podeis aún alcanzar cuánta dulzura, qué melodía angelical encierran esas palabras de amor y de pasión que una boca amada murmura en nuestro oído; porque no sabeis cómo embriaga el aliento que sale del pecho que palpita por nosotros.....

—¡Oh! debe ser muy hermoso ser amada así.

—Señora, tan hermoso es ese amor, que si los ángeles pudieran, bajarían al mundo para gozar de él; tan hermoso, señora, que Dios mismo abre las puertas de su Paraíso al que le ama con ese fuego, con ese fuego que arde sin consumir, y que ciega nuestra razón á todo lo que no es la mujer que amamos.

—Don Leonel, ¿y vos sois capaz de amar así?

—Señora, si no lo fuese ¿podría yo pintaros así el amor? ¿creeis que el que no es capaz de sentir puede hacernos sentir algo con la verdad de la palabra?

—Debe ser muy feliz la mujer á quien amais.

—Doña Catalina, no basta tener el corazón ardiente, no basta sentir y comprender el amor; es necesario que la mujer á quien se ama, le sienta, le comprenda también; que despierte en nosotros esta pasión, que explote el venero inagotable de ternura y de amor que encierra el alma; es fuerza que ame como es amada, porque de lo contrario, la llama, por ardiente que sea, se extingue, la fuente copiosa se seca, las ilusiones mas floridas se marchitan.

—Jamás á un hombre le pasaría eso conmigo—dijo irreflexivamente Doña Catalina—porque yo comprendo ese amor, y porque yo me creo capaz de sentirlo y de inspirarlo.

—Dichoso mil veces el hombre que lo alcance, señora!—dijo Don Leonel.

—¿Y creeis que haya álguien que lo desee?

—Lo creo, lo juro.

—Pero ¿quién, quién pensará en mí, viuda, arruinada, pobre flor marchita y seca?

—¿Quién, señora? el mismo tal vez que rica y feliz no os hubiera dirigido siquiera la palabra, y para quien ni sois viuda, ni pobre, ni nada de eso, porque sois para él un ángel de virtud y de belleza.

—¡Don Leonel!

—Sí, Doña Catalina, para mí que no sé lo que me pasa desde que os he conocido, porque estoy apasionado, loco.

—Don Leonel, tened compasión de mí, porque me siento débil delante de vos, porque no podré resistiros.

—Doña Catalina, ¿sereis capaz de amarme?